

**INCORPORACION DEL DOCTOR GUILLERMO  
LOHMANN VILLENA COMO PROFESOR HONORARIO  
DEL DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES  
(LIMA, 23 DE JUNIO DE 1989)**

Discurso de orden

*del P. Armando Nieto Vélez S.J.*  
Director del Instituto Riva-Agüero

La Pontificia Universidad Católica del Perú recibe hoy, dentro de la selecta nómina de sus Profesores Honorarios, a Guillermo Lohmann Villena, antiguo catedrático de nuestra Facultad de Letras, miembro vitalicio del Instituto Riva-Agüero, historiador eximio y autor de vastísima producción bibliográfica.

El Jefe del Departamento de Humanidades, doctor Raúl Zamalloa, me ha confiado el grato encargo de pronunciar estas palabras de bienvenida. Tuve a Guillermo Lohmann entre mis profesores de la Doctoral de Historia, en el curso de Fuentes, allá por 1951, cuando se reincorporaba al claustro al cabo de siete años de labor diplomática en España. Lo recuerdo enseñando aquella asignatura, armado tan sólo de una breve papeleta que le servía de guión, en una vetusta aula de la plazuela de la Recoleta. Volvía a su patria (aunque iba a ser por poco tiempo) con una larga experiencia en los archivos españoles, cuya riqueza documental ha sabido sondear con destreza incomparable. Pero venía también con los lauros y el prestigio de varios libros excelentes, escritos y publicados cuando aún no había cumplido los 35 años de edad.

En nuestra Facultad de Letras, y en el año 1934, se había iniciado la dilatada y fecunda carrera intelectual de Guillermo Lohmann. Allí confirmó su vocación por los estudios históricos y asombró a condiscípulos y maestros con su resuelta voluntad de trabajo. Ejercía por entonces el decanato de la Facultad el padre Rubén Vargas Ugarte, quien, intuyendo las cualidades de su joven alumno, lo invitó a colaborar como auxiliar en la docencia y a participar en el Instituto de Investigaciones Históricas. Del grupo inicial que rodeó al padre Vargas Ugarte y que cumplió una notable tarea publicística sobreviven Guillermo Lohmann, Javier Pulgar Vidal y

BIRA, Lima, 17: 535-541, '1990'.

Jorge Zevallos Quiñones. Vargas Ugarte editó un texto documental hallado por él en el Archivo General de Indias, de sumo valor para el conocimiento de la vida cotidiana de nuestra Ciudad en el tercer decenio del siglo XVII: el *Diario de Lima* de Juan Antonio Suardo, con introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte. El erudito maestro, que era más bien parco en frases laudatorias, escribe lo siguiente al final del prólogo: "Es obligación nuestra agradecer aquí a nuestro querido discípulo y auxiliar en la Cátedra, Guillermo Lohmann Villena, el trabajo que se ha tomado, así en la corrección de pruebas como en añadir valiosas notas a los puntos oscuros del *Diario*. Nuestros lectores también le quedarán agradecidos y reconocerán, como yo lo hago, su preparación para trabajos de esta índole, por donde nos es dado entrever en él a uno de nuestros buenos historiadores del futuro". Las palabras del padre Vargas, consignadas en 1936, cuando Lohmann contaba sólo 21 años, han resultado proféticas y aun quedan cortas ante la magnitud y calidad de la obra historiográfica que desde hace más de medio siglo viene plasmando, con ejemplar constancia, nuestro nuevo Profesor Honorario.

Mientras seguía los estudios de la Facultad de Derecho —en la que obtuvo el título de abogado— Lohmann iba recogiendo pacientemente los materiales para la que habría de ser su tesis doctoral en Letras: "Apuntes para la historia del teatro en Lima durante los siglos XVI y XVII". Defendida el 5 de agosto de 1938, la tesis de Lohmann representa el mejor estudio de conjunto sobre el arte dramático en Lima durante la Colonia. La alabaron José de la Riva-Agüero, José Jiménez Borja, Raúl Porras Barrenechea, Aurelio Miró Quesada Sosa, entre otras figuras ilustres de la cultura peruana. Jaime Eyzaguirre dijo de su autor: "Lohmann muestra con esta obras las condiciones de los grandes investigadores: acuciosidad en la búsqueda, sentido crítico de las fuentes y fiel reconstrucción del cuadro histórico..., es ya una esperanza realizada para las letras de su patria".

Acertó plenamente el desaparecido historiador chileno en lo que es y sigue siendo la nota distintiva de la personalidad de Guillermo Lohmann: su tenacidad y constancia en la empresa intelectual, su inagotable capacidad de trabajo, el afanoso y metódico empeño en perseguir la información exacta, sólida, veraz. De él podría repetirse —y ciertamente con mayor razón— lo que Riva-Agüero decía del padre Vargas Ugarte: "Muy difícil es descubrir en sus trabajos algún error de hecho. Casi impaciente información tan segura y férrea".

En 1941, la Universidad Católica le publicó su tesis de doctorado. Dos años después, cuando ya la Segunda Guerra Mundial hacía arder con fuerza toda Europa desde las estepas rusas hasta los Pirineos, viaja Lohmann a España para cumplir su primera misión diplomática. Esa primera larga estancia en la Península le serviría para acumular una ingente cantidad de información de archivos y bibliotecas, y también para ampliar la tesis doctoral extendiendo su alcance al siglo XVIII y principios del XIX. Durante ese septenio enriqueció la bibliografía peruanista con cinco magníficos libros: el ya referido *Arte dramático en Lima durante el Virreinato*,

editado en 1945 por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, en un macizo volumen de 700 páginas; *El Conde de Lemos, Virrey del Perú*, en 1946; el *Diario de gobierno del virrey Pezuela* en 1948; *Los americanos en las órdenes nobiliarias*, en dos tomos, en 1949; y *Las minas de Huancavelica en los siglos XVI y XVII*, en 1949. Son estudios todos ellos que aportan un denso, seguro y preciso caudal de información, fruto de largas y agotadoras jornadas de archivo, plasmadas luego en una prosa de sabor castizo y arcaizante.

Destacan en Lohmann desde los escritos de su precoz madurez las calidades de una obra sólidamente construida, exenta de vaguedades o frases relucientes, que suelen ocultar vacíos de erudición. Cúmplese en sus libros y artículos lo que ya apreciaban sus compañeros de generación y maestros en sus primeros trabajos universitarios; aquello que Aurelio Miró Quesada puso de relieve al recibir a Lohmann en la Academia Peruana de la Lengua: "el rigor de su análisis, su minucioso registro de archivos, su destreza para encontrar en los viejos papeles el dato de primera mano que se hallaba perdido o que, sencillamente, se ignoraba. Con una inflexible disciplina, que se diría que le viene de su sangre germana si no fuera más justo atribuirlo a su propio trabajo, nos desconcertaba muchas veces con la abundancia y el orden de sus fichas, con lo inesperado de sus fuentes y con la originalidad de sus hallazgos".

Durante su segunda larga permanencia en España, de 1952 a 1963, Lohmann prosiguió investigando y publicando sin desmayo extensas y bien estructuradas monografías sobre temas y personajes de historia virreinal, ediciones de fuentes (León Pinelo, Matienzo) o dilucidación concluyente de antiguos problemas heurísticos. Gracias a él sabemos ahora con certeza que el Judío Portugués se llamaba Pedro de León Portocarrero; que Caviedes no era limeño sino andaluz; o que los humanistas del siglo XVII alababan los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso antes de que estuvieran impresos. Los siglos XVII y XVIII los conoce palmo a palmo. Creemos descubrir en esa predilección —que hace de él el historiador peruano más versado en documentación virreinal— el deseo de iluminar una época poco conocida y tendenciosamente interpretada. De los libros y artículos de Lohmann brota una imagen nueva, distinta y en todo caso más compleja y completa de la que reflejaba la historiografía liberal, que no veía en esas lejanas centurias sino el boato de las cortes, el incienso de los templos o las hogueras de la Inquisición. En este sentido, una de las contribuciones de Lohmann —y no ciertamente la menor— es ayudarnos a comprobar —como lo ha recordado Aurelio Miró Quesada— que "había entonces muchísima más libertad de expresión que la que habitualmente se supone, que las censuras declaradas o hipócritas no eran mayores ni menores que las que hoy mismo se puede sufrir en cualquier parte, y que el espíritu humano tiene siempre ingenio suficiente para librarse de arbitrariedades y para hacerse escuchar cuando tiene algo que decir".

Hace diecisiete años, al leer su discurso de ingreso en la Academia Peruana de la Lengua, en el que nos regaló un cabal estudio sobre la poesía satírico-política durante el Virreinato, dijo Lohmann de sí mismo: "Retraído entre libros viejos y polvorientos legajos, puedo repetir con el autor del Buscón: 'Vivo en conversación con los difuntos, y escucho con mis ojos a los muertos'. Me tengo por un hombre humilde y errante... y si algún humillo de vanagloria me pudiera engreir, sería el de haber sido dentro de la República de las Letras un trabajador de buena voluntad en el esclarecimiento de nuestro pasado virreinal. Ese es mi único título."

Con seguridad debemos hoy agregar algo más a lo que su modestia entonces velaba. Y es que el prestigio profesional de Guillermo Lohmann le ha merecido, en diversos tiempos, ocupar elevados cargos, como los de Rector de la Universidad del Pacífico, Director de la Biblioteca Nacional, Jefe del Archivo General de la Nación. La Academia Nacional de la Historia (de la que también ha sido Presidente), la Academia Peruana de la Lengua, la Sociedad Peruana de Historia, el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, el Instituto Peruano de Historia Eclesiástica y otras instituciones académicas del Perú lo cuentan entre sus más escogidos miembros de número. Y su fama desborda los límites nacionales. La Universidad de Sevilla le otorgó el grado de doctor honoris causa; el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla lo numeran entre sus miembros de honor. Con entera justicia, a esas insignes corporaciones del mundo iberoamericano se suma hoy la Pontificia Universidad Católica del Perú, que lo recibe con la cinta y la medalla de Profesor Honorario, en las que están simbolizadas la estima y el reconocimiento del claustro hacia el alumno y el catedrático de ayer, hacia el hombre de letras que ha sido fiel a una clarísima vocación y a los valores permanentes de la fe cristiana y de la Patria. Estima y admiración, en fin, al historiador de fibra, dotado de "ciencia, paciencia y conciencia", que retorna al hogar intelectual convocado por la decisión del Consejo Universitario y el consenso unánime de sus antiguos discípulos y colegas. Por todo ello, y aunque el país pase por tiempos revueltos, inciertos y difíciles, tenemos felizmente todavía criterio, memoria y sentimiento para reconocer dónde se hallan los verdaderos valores de la vida, y para decirle con alegría: ¡Bienvenido a esta su Casa, doctor Guillermo Lohmann Villena!

*Palabras del Dr. Guillermo Lohmann Villena*

Señor Rector Magnífico:  
Señor Vicerrector:  
Señor Jefe del Departamento de Humanidades:  
Señores Catedráticos  
Señoras y señores:

El libro de la vida de cada hombre tiene páginas. El mío en la vida universitaria ha ido pasando insensiblemente sus hojas desde aquel lejano 1936 en que comencé mi actividad docente, oficiando como coadjutor de la parroquia entonces regida por el magisterio autoritario del P. Rubén Vargas Ugarte. Si al promoverme hoy a Profesor Honorario del Departamento de Humanidades lo que se ha querido es recompenar generosamente mi apego a la alma mater de esta Casa de Estudios y mi ánimo de servicio, si ya no en la docencia activa, en la forma más recatada y humilde de poner al alcance de quienes la desempeñan el fruto del esfuerzo continuado en la investigación histórica, yo lo acepto sin fórmulas de fingida modestia, porque he sido siempre un trabajador de buena voluntad, que más de una vez en sus pesquisas se ha guiado por un viejo mote heráldico: "A quien vela, todo se le revela".

Mi condición inalienable de hombre seco, escaso de imaginación, más germánico que criollo, explicará lo breve y poco expresivo de estas palabras de gratitud. Añádase el natural encogimiento que en cualquier caso produce el ser protagonista en un trance que pocos en la vida podrían superarle en emoción y enaltecimiento, sobre todo cuando ya se ha doblado el cabo de las esperanzas, y apenas queda resquicio para echar una mirada retrospectiva de melancolía. Mas, como el precepto de la obediencia, virtud que también en esta Casa se practica, con no ser recoleta ni de observancia, me impone la abrumadora carga de hacer público mi reconocimiento más sentido por una distinción ante la cual de verdad no acierto a explicármela, la recibo como llovida del cielo y como un gesto de benignidad del Consejo Universitario y, sobre todo, de los entrañables amigos proponentes.

Mi curriculum profesoral, bien lo sé, es parvo e intermitente, y en cuanto a mi obra, siempre me asombra que haya gente que se ocupe de ella, sobre todo en estos tiempos de novedades y olvidos, mayormente cuando "por razón de persona" (como dirían los escolásticos) su autor ha procurado pasar inadvertido y se confiesa un poco esquivo, como el buscador de oro que criba sus pepitas en el río cuando no hay nadie a su alrededor, pero que se aleja a otro rincón a continuar su tarea, en cuanto advierte en torno suyo el barullo y los empellones por aparecer en primer plano.

La razón de ser de la Historia no es la indagación de lo pasado por el exclusivo virtuosismo de saber cómo fue, sino para llegar a conocer unos hombres y unos

acontecimientos que han condicionado nuestro presente. En los archivos queda la expresión más cabal del quehacer humano en todas sus dimensiones y en sus polvorientos legajos anida una incitación constante para descubrir la verdad del pasado, remoto o próximo. Por eso me constituí en un afanoso acarreador de materia prima histórica, y como el gran bibliógrafo chileno José Toribio Medina, puedo decir que he trabajado mucho y me he cansado poco. La vida es demasiado corta para no ocupar cada instante con algo provechoso y útil.

He tomado en serio lo que es serio, pero nunca he olvidado unas máximas extraídas de la plegaria del gran canciller británico, Santo Tomás Moro. Una: "Concédeme, oh Señor, un alma que no conozca el aburrimiento, que no sea quejicona ni ande siempre en suspiros y quejas. No permitas que me preocupe demasiado de mí mismo, ni que me conceda importancia indebida". Otra, la invocación final: "Dios mío, concédeme el sentido del humor. Concédeme la gracia de saber comprender las bromas, para que saboree un poco la felicidad de la vida, y sepa trasmitírsela a los demás. Amén".

Me siento vinculado a la Universidad Católica, y en particular al área de Humanidades, desde que en el número de Julio de 1933 de la *Revista* de nuestra Casa velé mis primeras armas en estas lides con una reseña bibliográfica. No puedo olvidar que hace medio siglo cabal en los *Cuadernos de Estudio* del Instituto de Investigaciones Históricas, cuyo Director era el ya recordado P. Vargas Ugarte, se dio cabida a parte de mi tesis doctoral sobre el teatro en Lima, que vio la luz completa con el auspicio del mismo Instituto en 1941, y por último, que el Fondo Editorial incluyera en su serie de publicaciones la *Relación del Descubrimiento y Conquista del Perú*, de Pedro Pizarro, en 1978, reeditándola en 1986.

Los azares de mi profesión errabunda de funcionario del Servicio Diplomático —que no de mi vocación, que bien notorio es que discurría por otras veredas— me alejaron de la vida magisterial en los vetustos claustros de la Recoleta, pero de mi fidelidad a la institución di público testimonio en 1953 cuando se me honró con la investidura de representarla en los actos solemnes del séptimo centenario de la Universidad de Salamanca, y por la misericordia divina y la colaboración de mi esposa, ha sido posible que tres miembros de la segunda generación de los Lohmann se formaran también en estas aulas.

En el *Eclesiastés* (5:6) se lee que de la muchedumbre de las palabras nacen los despropósitos. Por eso, prudente sería dar término a estas deshilvanadas frases, pues como dijo Tirso de Molina:

*Calla el alma lo que siente  
porque siente lo que calla,  
que amor que palabras halla,  
tan falso es como elocuente.*

¿Pero cómo he de callar cuando la bondad del P. Nieto Vélez me ha abrumado sin tasa ni medida con su *Laudatio*? ¡Cuán poco la tengo merecida! Para sofocar todo humillo de vanagloria y para atajar todo arranque de fatuidad, me atrevo a juzgar que esas frases han sido inspiradas únicamente por su ejemplar sentido de la amistad y su innato espíritu magnánimo. Como buen conocedor de las almas humanas ha ponderado justamente más mis intenciones que no los modestos frutos, más mis buenos propósitos que los aciertos, más los proyectos que los logros.

Para salir de este laberinto de la perplejidad y de la confusión en que me veo sumido, sólo encuentro una palabra, la honda, luminosa y efusiva de la ofrenda: ¡gracias! ¡Gracias a todos!